

# POSSIBLY YOUR ROOMS MAY HAVE DEFECTS. LIKE MEN, FEW ARE PERFECT.<sup>1</sup> COMEDORES Y GÉNERO EN EL ÁMBITO ANGLOSAJÓN

VICTORIA E. BONET-SOLVES

Universitat Politècnica de València  
ibone@cpa.upv.es

**Resumen:** El interior doméstico del siglo XIX se adaptaba a las necesidades privadas y públicas de la clase burguesa. Las diversas estancias, su distribución y su ornamentación se sometían a los dictados de la moda, pero también a unas exigencias familiares y sociales cuidadosamente codificadas. En esta época, uno de los espacios más destacados dentro del hogar era el comedor. Este constituía una estancia de representación destacada, donde la familia podía exhibir su posición dentro de la sociedad y, asimismo, era un lugar en el que sus miembros podían reunirse en intimidad. Los manuales normativos y los libros sobre decoración otorgaron a esta habitación un carácter masculino y ello condicionó su diseño. Sin embargo, aunque el género está presente también en la vivienda del Ochocientos, los límites que se establecen entre lo femenino y lo masculino no siempre están tan claros. Ahí el interés, el valor y quizás también el misterio de un espacio creado para el devenir de lo cotidiano.

**Palabras clave:** Interior Doméstico / Siglo XIX / Género / Comedor / Decoración.

**Abstract:** Nineteenth Century domestic interiors were adapted to private and public needs of the bourgeois class. The different rooms, their distribution and ornamentation were subjected to the dictates of fashion, but also to the family and social expectations of that time. One of the most outstanding spaces within the home was the dining room. This was an area where the family could demonstrate their status in society and a place where its members could meet in privacy. The etiquette manuals and books on decorating gave this room a male character and this determined its design. However, while gender is also present in the housing of the 19th Century, the boundaries established between the feminine and masculine are not always so clear. Hence, the interest, value and perhaps also the mystery of a space created for the development of the everyday.

**Key words:** Domestic Interiors / Nineteenth Century / Gender / Dining room / Decoration.

*Man, it has been said, is a dining animal. Creatures of the inferior races eat and drink, only man dines.<sup>2</sup>*

Isabella Beeton

## **Sociabilidad, género y espacio doméstico: el comedor**

Hablar del espacio doméstico y su ornamentación suele ser una empresa fascinante y arriesgada a partes iguales. Cómo puede uno aproximarse a su estudio, cómo puede definirlo y cercar con límites

académicos mensurables algo que está inextricablemente unido al ser humano. Cada estancia y cada adorno habla de un individuo y de su época, del acontecer cotidiano y de unos gustos forjados en la educación, en la cultura de su tiempo y en su propia personalidad.<sup>3</sup> Con todo, la historiografía del Interiorismo ha ido precisando su evolución a través de estudios documentados y nos ha ofrecido un perfil que adquiere nuevos matices constantemente, enriqueciendo las perspectivas

\* Fecha de recepción: 15 de junio de 2016 / Fecha de aceptación: 21 de julio de 2016.

<sup>1</sup> JENNINGS, H. J. *Our homes and how to beauty them*. London: Harrison and sons, 1902, p. 73.

<sup>2</sup> BEETON, Isabella. *The book of household management*. Boston: Bound Edition, 1861. s. p. También citado en BLACKBURN, R. Barry. *Art, Society and accomplishments*. Chicago: Blackburn Co., 1891, p. 296.

<sup>3</sup> "This is the house in its deepest essence: a projection of the ego. And furnishing is nothing but an inderect form of ego-worship". PRAZ, Mario. *An illustrated history of interior decoration. From Pompeii to Art Nouveau*. London: Thames & Hudson, 1987, p. 27. Del mismo autor, y en el mismo sentido, debe recomendarse la lectura de *La casa de la vida*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 1995.

de una disciplina compleja. La casa burguesa del XIX, por ejemplo, se convierte en el escenario en el que se desenvuelve la existencia del día a día y por ello se carga de significados. Estos están ligados a unos modos de vida que son producto de una convivencia familiar muy difícil de desvelar al completo. Al mismo tiempo, en ocasiones, están sometidos a determinadas convenciones sociales y a una cultura que los modelan y les dan sentido. Intimidad, costumbre, tradición, sociabilidad, moral, apariencia son sólo algunas de las capas con las que se cubre el envoltorio arquitectónico que habita la burguesía de entonces. Alguien dijo que, cada vez que se levanta un muro en un vivienda, se está haciendo política. Quizás se hiciera también al cruzar el umbral de una puerta en un hogar del XIX. Fue un siglo que contaba con una clase urbana cuya conducta estaba perfectamente codificada y organizada. Se dio forma a un rígido reglamento de comportamientos que la vivienda y las habitaciones fomentaban y arropaban. Cada estancia de la casa burguesa pasó a cumplir un papel dentro del enrevesado engranaje social, mientras la familia anhelaba disfrutar en ella de esa imagen doméstica apacible y cálida que la propia literatura normativa fomentaba y alentaba.

¿Por qué escoger el comedor como espacio a analizar? En primer lugar, porque es una de las estancias más importantes de la vivienda burguesa del siglo XIX, donde lo público adquiría un papel protagonista: *Let us pass on the dining room, which, perhaps, all things considered, is the most important room in the house.*<sup>4</sup> Esta circunstancia afectará no sólo a su disposición dentro de la distribución doméstica y a su relación con otras habitaciones, sino también a su decoración. Aunque también estaba destinada a la familia,<sup>5</sup> el carácter social de esta estancia llevaba al arquitecto a vincularla en planta a otras de funciones similares, sin

dejar de atender razones de orden más práctico, como la del servicio, por ejemplo. Por otra parte, la ornamentación del envoltorio arquitectónico y el mobiliario estarán, por lo general, ligados al papel de representación de este espacio. En la época se concedía a los actos sociales que allí se celebraban un extraordinario valor. Para algunos autores éstos eran, incluso, la expresión del progreso de una nación.<sup>6</sup> Las comidas o las cenas se convertían, de este modo, en un acontecimiento crucial para la familia burguesa, ya que podían ofrecer una imagen apropiada de ella frente a la sociedad y su éxito podía garantizar un puesto destacado dentro de la misma. Los manuales normativos destinados al funcionamiento del hogar y a su ornato dedican capítulos enteros a estos eventos, donde se indica pormenorizadamente los detalles que afectan al comportamiento de los invitados, la disposición de la mesa o incluso al complicado protocolo de la comida.<sup>7</sup> La férrea codificación de este espacio lo convierte en un escenario fundamental para el desempeño de los roles de hombres y mujeres y de las relaciones personales, sociales y económicas que sostienen a la clase burguesa. Eso hace que los elementos que componen el *atrezzo* de un comedor reciban una atención especial en los textos sobre el hogar y, también, por parte de los propietarios. Son conscientes del valor que tiene la apariencia de la habitación y de cada una de las piezas para el desarrollo del drama doméstico. Lo público y lo íntimo, lo masculino y lo femenino, lo cotidiano y lo representativo se dan cita también en este espacio y lo convierten en un lugar privilegiado dentro del hogar para la manifestación, a nivel privado, de comportamientos colectivos: *Es alrededor de la mesa cuando se tratan los negocios, se declaran las ambiciones y deciden los matrimonios. Y, a la vez, se amplía el horizonte de las gastronomía: signo de prestigio y excelencia.*<sup>8</sup>

<sup>4</sup> KNIGHT, E. "Taste and economy in decoration and furniture. II. The dining room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 25. N. 3. December, 1894, p. 92. <http://doi.org/10.2307/25582944>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/25582944> (Fecha de consulta: 10 de marzo de 2015). "Next to the hall the dining room should be the most formal room in the house". ROLFE, Amy L. *Interior decoration for the small house*. New York: Macmillan, 1917, p. 86.

<sup>5</sup> "The dining room is far more intimate, and belongs to the family in its relation to friends. In fact, as the dining room is the heart of the house, its furnishing would naturally be quiet different in Keeling and character [...] although it might be fully as lavish in cost". WHEELER, Candace. *Principles of Home Decoration with practical examples*. New York: Doubleday, Page & Company, 1903, pos. 1176.

<sup>6</sup> "Dinner is the privilege of civilization [...] The nation which knows how to dine has learned the leading lesson of progress". BLACKBURN, R. Barry, 1891, p. 296.

<sup>7</sup> TURPIN, J. C. "Dining Rooms: Measuring the Gap between the Edwardians and the Moderns". En: DOWNEY, G. (ed.). *Domestic Interiors. Representing Homes from Victorians to the Moderns*. London-New York: Bloomsbury, 2013, p. 68.

<sup>8</sup> ARON, Jean Paul. *Le mangeur du XIX siècle*. Paris: Laffont, 1973, p. 310. Citado en GUERRAND, Roger-Henri, "Espacios privados", en ARIÉS, P. y DUBY, G. (dir.). *Historia de la vida privada*. Vol. 8. Madrid: Taurus, 1992, p. 35.

Los cambios económicos surgidos de la Revolución Industrial trajeron consigo una *separación de esferas* de género en la clase burguesa que, aunque a veces podían diluirse, estaban presentes. En el siglo XIX, las mujeres quedaron relegadas a un ámbito doméstico dominado por la moralidad, las aspiraciones sociales, las emociones y el sentido del gusto y, por su parte, los hombres se adueñaron de lo público, donde se situaban el trabajo, el progreso y la acción.<sup>9</sup> Esa *domesticación* de lo femenino estuvo muy vinculada a una estricta normalización de comportamientos sociales asentados sobre la respetabilidad y la decencia. Aunque la burguesía mostraba, en ocasiones, el deseo de emular costumbres de rasgos aristocráticos, en lo tocante a la moral, puso todo su empeño en distanciarse de un grupo social que no parecía haberla tenido muy presente. Es cierto que luego esta moralidad de las clases medias podía quedar en mera manifestación de intenciones, pero también lo es que hubo un interés particular en que en esa aparente respetabilidad fuera bien visible. Es, sobre todo a partir de mediados del siglo XIX, cuando el hogar recibe mayor atención. Se convierte en divisa de la posición económica y social de la familia que la habita, a veces incluso más que la profesión del esposo o el negocio familiar, y, al mismo tiempo, en la expresión de su integridad. De ahí la importancia que se comienza a conceder a la vivienda y a su ornamentación como escenario de la teatralización del devenir doméstico. Sobre la esposa recaerá la tarea de cuidar de este espacio familiar y atender a su gestión para satisfacción plena de sus habitantes. A mediados del siglo XIX se establece, tal y como indica Penny Sparke, la inextricable vinculación entre los conceptos de feminidad, belleza y hogar, que la sociedad definiendo como templo de la familia.<sup>10</sup> Esa belleza física y, sobre todo, moral que debía caracterizar a la mujer la convertían, de algún modo, en la persona indicada para trasladar esas mismas cualidades a la casa: *The idea that woman was the personification of beauty in the home and the chief be-*

*autifer of the domestic environment lay at the heart of what has been called "the cult of domesticity"*.<sup>11</sup> Proliferaron los manuales normativos que aspiraban a regular el comportamiento femenino desde la infancia con el fin de convertir a la muchacha en una buena esposa y madre. Junto a estos textos que esperaban modelar la moralidad femenina bajo los parámetros burgueses, se publicaron otros centrados en cuestiones relacionadas directamente con el espacio doméstico, su gestión y su adorno. Así, a sus papeles de esposa, madre y baluarte de la respetabilidad familiar, se unían los de carácter más práctico, como economista o decoradora, aunque fuera a pequeña escala. En aquellos casos en los que se producía la intervención directa de un profesional que diseñara el adorno de las habitaciones, a ella parecía corresponderle introducir aquellos elementos que dieran ese toque personal, íntimo y alegre: femenino, en suma.<sup>12</sup> Lo accesorio, lo fútil y decorativo parecía ser terreno de la mujer. La verdad es que detrás de ese empeño por el ornato hogareño había en la esposa también un deseo de proyectar una imagen de sí misma y de reafirmación frente al grupo social al que pertenecía.<sup>13</sup>

Aunque, en principio, parece indiscutible que la mujer burguesa fue, en el siglo XIX, la reina de la casa y que el hombre ocupaba el ámbito público, las esferas de género no estaban tan separadas como pudiera pensarse. Si bien la presencia femenina en el espacio público estaba limitada y normalizada; él tenía un claro protagonismo en la residencia familiar. Dentro de las responsabilidades del esposo estaban el establecer el hogar y abastecerlo, protegerlo y controlarlo, así como hacerse cargo de la educación de los hijos varones que habían de asegurar el linaje.<sup>14</sup> Nadie negaba el papel indudable de la mujer en el gobierno de la vivienda, pero era evidente que el poder lo ejercía el marido y hacía gala de ello. Si el esposo no era capaz de controlar a su mujer, o su casa, podía llegar a sufrir el escarnio de su círculo social. La casa

<sup>9</sup> SPARKE, Penny. *As long as it's Pink. The sexual politics of Taste*. Halifax: NSCAD University Press, 2010, p. XXI.

<sup>10</sup> SPARKE, Penny, 2010, pp. 4-5.

<sup>11</sup> Comillas de la propia autora. SPARKE, Penny, 2010, p. 4.

<sup>12</sup> "Leaving the little touches of color which the proper distribution of bric-à-brac gives, and the other effective arrangements that only a woman can give to her own home. The decorator furnishes the background, the woman does the rest". YOUNG, Edward Lee. "Remodeling the common place home. IV. The dining-room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 28. N. 2. May, 1896, pp. 38. <http://doi.org/10.2307/25584949>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/25584949> (Fecha de consulta: 10 de julio de 2014).

<sup>13</sup> SPARKE, Penny, 2010, p. 25.

<sup>14</sup> TOSH, John. *A man's place. Masculinity and the middle-class home in Victorian England*. New Haven and London: Yale University Press, ed. 2007, p. 4.

era el lugar donde el matrimonio convivía y donde se ponía de manifiesto la relación entre todos sus miembros. Allí compartían espacios, junto a otros miembros del hogar, así como tareas y actividades sociales que eran un elemento esencial de la vida burguesa. Era el ámbito idóneo donde poder gestar y consolidar ese núcleo familiar que la sociedad defendía a ultranza y que los textos normativos idealizaban: *A man's house is not so good, a woman's house is not so good – as a house made by a man and a woman*.<sup>15</sup> Ahora bien, las transformaciones sociales, las inseguridades y dificultades derivadas de la revolución industrial y la división que se produjo entre el trabajo remunerado y el espacio doméstico, otorgaron a este último un nuevo valor: el de refugio.<sup>16</sup> La casa se convirtió en el baluarte desde el que defenderse de las amenazas y adversidades exteriores y en el oasis de paz donde podía transcurrir la vida cotidiana de la familia. En ella, el hombre podía disfrutar del descanso después de un duro día de trabajo, aunque quizás era el único que podía permitirse el lujo de considerar el hogar como un lugar exclusivamente de retiro y entretenimiento. Al mismo tiempo, entre los suyos podía encontrar el apoyo emocional, e incluso psicológico, que hiciera más tolerable su día a día en un agresivo mundo exterior: *Domesticity was a characteristically Victorian response to the damage which entrepreneurial capitalism had wrought on the fabric of human relations*.<sup>17</sup> Esta cualidad se ve expresada, durante algunas décadas, en esa tendencia del hogar decimonónico de aislarse físicamente del exterior. Las ventanas siguen existiendo dentro de la composición de la fachada o del envoltorio arquitectónico, pero se cubren pesados cortinajes que impiden la comunicación visual con el exterior e, incluso, la entrada de luz en determinados espacios y circunstancias. Es curioso que uno de los grandes inventos de la época, en el territorio anglosajón, fueran las llamadas *windows blinds*.<sup>18</sup> Ningún nombre podía ajustarse más a su función. El espacio doméstico se encierra en sí mismo, se vuelve introspectivo con el fin de proteger a sus

habitantes de las agresiones de una ciudad transformada por la industrialización. Allí, detrás de sus muros, la familia está a salvo. Eso hace que toda la atención y todo el cuidado se concentren en el interior.<sup>19</sup>

La vivienda, así, hace público el lugar que la familia ocupa en la sociedad, esto es, exhibe la categoría de su posición y, al mismo tiempo, recrea la atmósfera perfecta para que sus miembros vivan su intimidad cotidiana. En el ámbito doméstico, además, los esposos cumplen con sus respectivos deberes. Es aquí donde ella se realiza para el papel o papeles para los que ha sido educada y donde él puede mostrarse como realmente es, lejos del descarnado escenario laboral.<sup>20</sup> No deja de ser irónico que la casa se erigiera como refugio ante los embates de una nueva sociedad y una economía de la que dependía su subsistencia y, en una vuelta de tuerca quizás algo más compleja, que se convirtiera en la muestra visible de la moral intachable de sus habitantes. Dentro del ideal burgués, sólo las virtudes domésticas podían hacer frente a la inhumana civilización industrial. Una vez más, esta pesada carga recayó sobre los hombros de la esposa por partida doble. No sólo su comportamiento era la base sobre la que se sostenía la respetabilidad familiar, sino que la casa que cuidaba debía ser la viva imagen de ella. El orden, la limpieza, la delicadeza, la belleza, la intimidad, y hasta el sentimiento –todas ellas cualidades vinculadas al universo femenino– debían estar presentes en el hogar como manifestación física de la moral familiar. En la época se publicaron numerosos textos que enseñaban a las jóvenes a gestionar y decorar su futura residencia, pero en algunos de ellos se vinculaban a otros aspectos como el de la urbanidad, los actos sociales o las normas esenciales de toda esposa y madre. La inveterada relación entre bondad y belleza parecía estar presente en el ámbito de lo femenino y lo familiar.

El espacio doméstico del siglo XIX estaba cargado de contradicciones y matices. Introspectivo y exhibicionista; íntimo y público; femenino y masculino

<sup>15</sup> ELLIOT, Charles Wyllys. "Household Art. V. The Dining Room". *The Art Journal*. Vol. 2, 1876, p. 118. <http://doi.org/10.2307/20568880>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/20568880> (Fecha de consulta: 5 de julio de 2015).

<sup>16</sup> MURILLO, Soledad. *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI, 1996, p. 67.

<sup>17</sup> TOSH, John (ed.), 2007, p. 31.

<sup>18</sup> MUTHESIUS, Stefan. *The poetic home. Designing the 19th Century domestic interior*. London: Thames and Hudson, 2009, p. 194.

<sup>19</sup> "There is no need for a good view of the outsider from the dwelling, for all its attraction must be directed inside". VON FALKE, J. *Die Kunst im Hause*. Gerold, 1883. Citado en MUTHESIUS, Stefan, 2009, p. 175.

<sup>20</sup> Al menos dentro del ideal burgués. "The place of the home in bourgeois culture could be summed up by the proposition that only at home could a man be truly and authentically himself". TOSH, John (ed.), 2007, p. 33.

son, en principio, términos antagónicos, pero a la vez complementarios. No podía ser de otro modo en un lugar donde habita el individuo. Pensar que estas cualidades son exclusivas de la vivienda del Ochocientos no responde completamente a la realidad, pues durante siglos, en mayor o menor medida, estuvieron presentes en la morada occidental. Lo siguen estando. Ahora bien, sin llegar a la compleja división de estancias y funciones que se desarrollaría en la arquitectura francesa del siglo XVIII, la casa decimonónica de la burguesía acomodada ofrece una distribución que intenta adaptarse a las necesidades de los miembros que la habitan y a proporcionar, ante todo, el confort que el santuario familiar exige. La comodidad será un objetivo primordial común y tan esencial que llegará incluso a condicionar el diseño de los interiores. En la casa están los espacios reservados a la familia y aquellos destinados para el servicio que, en el ámbito anglosajón, se separan, a veces, en ese arriba y abajo que le es tan característico.<sup>21</sup> También hay habitaciones donde lograr esa intimidad propia de todo hogar y un entramado, a veces complejo, de estancias dedicadas a la actividad social que el matrimonio burgués desplegaba como expresión de su estatus. Por su parte, en las residencias de la clase media y alta se produce una división de espacios masculinos y femeninos. En algunos casos, esta separación de géneros en la arquitectura doméstica es muy clara, pues en ella se lleva a cabo una función ligada bien al esposo o a la esposa; en otros, en cambio, el destinatario de la pieza se diluye.<sup>22</sup> El estudio, la sala de fumar o la de billar se vinculan a lo masculino, mientras la sala o *drawing room*,<sup>23</sup> se asocia al

universo femenino.<sup>24</sup> Esta masculinización o feminización de las habitaciones no es patrimonio exclusivo del siglo XIX, pues tiene una larga tradición en la disciplina del interiorismo, aunque ha ido variando según culturas y épocas. Lo cierto es que los límites físicos en el espacio doméstico existían. La servidumbre y los hijos no siempre podían acceder a todas las habitaciones y la esposa, por ejemplo, no podía franquear con libertad la puerta del estudio o el despacho de su esposo en determinadas horas del día. Esta categorización por géneros tuvo, asimismo, su reflejo en la ornamentación de estas estancias. Las de perfil masculino tenían un aspecto más severo, pesado y oscuro, mientras las femeninas eran más luminosas y de colores más delicados. Incluso, en esta época en que los interiores hacían gala de un proverbial eclecticismo, se asignaron determinados estilos para unas y otras: el neogótico o el Luis XIV parecían expresar las cualidades del hombre, mientras el Rococó, con sus recovecos y su decorativismo, encajaba mejor con las destinadas a la mujer. Lo interesante del comedor es que, además de constituirse en una de las piezas importantes de la vivienda por su carácter privado y, al tiempo, manifiestamente público, se podía establecer una particular y estimulante relación personal entre los géneros.<sup>25</sup>

El hecho de que la vivienda burguesa del siglo XIX se alzara como un bastión frente a las amenazas de una comunidad en constante y rápida transformación, no fue un impedimento para que en ella los actos sociales fueran frecuentes.<sup>26</sup> El entretenimiento también formaba parte del universo coti-

<sup>21</sup> DONALD, Moira. "Tranquil havens? Critiquing the idea of home as the middle-class sanctuary". En: BRYDEN, I.; FLOYD, J. (ed.). *Domestic Space. Reading the Nineteenth-century interior*. Manchester & Nueva York: Manchester University Press, 1999, p. 107.

<sup>22</sup> A principios del siglo XX se llegó a afirmar que la desaparición de los espacios diferenciados para los cónyuges estaba ligada al declive de la armonía matrimonial y el surgimiento del divorcio. Sobre esta cuestión y otras relacionadas con estos asuntos de género debe consultarse el documentado artículo: HAMLETT, Jane. "The Dining Room should be the Man's Paradise, as the Drawing Room is the Woman's: Gender and the Middle Class domestic space in England, 1850-1910". *Gender & History*, Vol. 21. N. 3. November, 2009, p. 588.

<sup>23</sup> Este término corresponde, en realidad, a "otro mucho más antiguo, withdrawing room, que hace referencia a un espacio donde la familia podía retirarse (withdraw) del resto de los miembros de la casa para disfrutar de una mayor privacidad". BRYSON, Bill. *En casa. Una breve historia de la vida privada*. Barcelona: RBA Libros, 2011, p. 189.

<sup>24</sup> KLEINBERG, S. J. "Gendered space: housing, privacy and domesticity in the nineteenth-century United States". E: BRYDEN, I; FLOYD, J. (ed.), 1999, p. 148.

<sup>25</sup> Pese a estar perfectamente codificada también "supporting conversation was an is part of the function of the design and decoration of the dining room". TURPIN, John C., 2013, p. 67.

<sup>26</sup> "La Ilustración francesa y la Inglaterra victoriana ejemplifican, respectivamente la ecolosión de un mundo público 'fuerte' y el paulatino declive de los intereses colectivos en aras de una progresiva privatización que se extiende hasta nuestros días. Y es la transición de un momento a otro cuando se produce un cambio sustancial en la forma en que los hombres se relacionan, pasándose de una 'socializabilidad anónima', compuesta por grupos en los cuales la gente puede reconocerse (la sociabilidad que tienen lugar en la calle, en la corte del castillo, en la plaza pública, etc.), a una 'sociabilidad restringida'". BÉJAR, Helena. *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid: Alianza Universidad, 1995, p. 164.



diano de la burguesía y constituía un elemento esencial para reafirmar la posición de la familia dentro de su círculo. A través de estos encuentros sociales, se ponía de manifiesto su poder adquisitivo, se reforzaban las relaciones comerciales y se establecían entre sus miembros nuevos vínculos personales que podían derivar después en fructíferos matrimonios. Ahora bien, este esparcimiento estaba cuidadosamente normalizado, tal y como se desprende de los numerosos manuales dedicados a estos menesteres. En ellos se describe de manera pormenorizada los más variados divertimentos para distraer a los invitados: juegos, bailes, disfraces, recitaciones, *tableaux vivants* o, ya que estamos en el universo anglosajón, charadas *shakespearianas*, entre otros. Asimismo, en ellos se explicaban en detalle aspectos tan variados como la etiqueta y el grado de hospitalidad, los tipos de visita, el modo de recibir a los invitados o despedirlos, las conversaciones e incluso los chismorreos y los halagos.<sup>27</sup> La encargada de organizar los eventos era la esposa y a ella iban dirigidas buena parte de estas enseñanzas.<sup>28</sup> Un matrimonio burgués que se preciara de una buena posición, o que anhelara alcanzarla, debía convocar una comida o una cena al menos una vez al mes e invitar a tomar el té o a alguna velada nocturna otros días de la semana. En sus manos quedaba, normalmente, la selección de los invitados y la confección de la recepción y, aunque el esposo podía en ocasiones colaborar, quedaba la más de las veces relegado al papel de mero actor. No obstante, controlaba también los detalles de la etiqueta y de las obligaciones exigidas a todo anfitrión.<sup>29</sup> Este factor social de la vivienda acomodada del XIX exigía la presencia de una serie de es-

pacios de representación destinados a diversas funciones como el salón, el comedor o *drawing room*, la sala del billar, la sala para fumar (*smoking room*) o el salón de baile.

El comedor burgués constituye no sólo un espacio donde cubrir una necesidad esencial para el individuo, sino también un lugar de reunión para la familia y de representación social importante dentro de los rituales burgueses de la época. Las comidas y las cenas de compromiso se convierten en un escenario idóneo para consolidarse dentro de su círculo de amistades, para hacer ostentación de la solvencia económica y para establecer contactos comerciales y personales que redundarían en beneficio de la familia en el futuro. Para los anglosajones, el término *dine* hace referencia a la principal comida del día cuyo horario fue evolucionando a lo largo del siglo XIX. El marco temporal tradicional, con posibles variaciones, era entre las 14 y las 16 horas. Sin embargo, la Revolución Industrial y los nuevos regímenes laborales trasladaron esta comida a la tarde (*early evening*).<sup>30</sup> Aunque los manuales insisten en que la mejor decoración de un comedor es una comida bien preparada,<sup>31</sup> muy pocos olvidan que la conversación constituye uno de los aspectos esenciales de este tipo de eventos. El número de invitados ideal, en lo que los ingleses denominaban una *dinner party*, está entre los diez o doce invitados,<sup>32</sup> los géneros y las edades deben estar perfectamente mezclados en la mesa y los anfitriones deben dirigir con habilidad los temas que se tratan para evitar que nadie se sienta incómodo durante el encuentro, combinando asuntos ligeros con otros de más enjundia para entretener por igual.<sup>33</sup> El nú-

<sup>27</sup> Se podrían citar más de un texto de estas características, pero mencionaremos dos que tratan estas cuestiones. PARKES, Mrs. William. *Domestic duties, or, Instructions to young married ladies, on the management of their households, and the regulations of their conduct in the various relations and duties of married life*. New York: J. & J. Harper, 1829; BLACKBURN, R. Barry, 1891, p. 296.

<sup>28</sup> "Do we not turn from them with satisfaction to her who is quiet, watchful, gracious, tactful, clever enough to make her guests if it is they, rather than she, who stamp the affair as a success?". *The woman's book, dealing practically with the modern conditions of home-life, self-support, education, opportunities, and every-day problems*. New York, C. Scribner's sons, 1894, p. 148.

<sup>29</sup> TOSH, John (ed.), 2007, p. 124.

<sup>30</sup> De todos modos, esta transformación tuvo un largo proceso. No se introdujo en todas las regiones, ni en todas las clases sociales al mismo tiempo, aunque terminó consolidándose. BERMAN, Leslie Susan. *The evolution of the Nineteenth Century American Dining Room: from sitting room to separate room*. Thesis. University of Pennsylvania, 1997, pp. 36-40.

<sup>31</sup> MRS. LOFTIE. *The Dining Room*. London: Macmillan and Co., 1878, p. 21.

<sup>32</sup> BLACKBURN, R. Barry, 1891, p. 290. El autor señala que en una fiesta de carácter privado (*private dinner party*) no debería tener un número menor a las Gracias, ni mayor que las Musas. Una *evening party*, en cambio, podía contar entre 30 ó 40 invitados.

<sup>33</sup> Parece ser que el conocido escritor Sir Walter Scott era un maestro en estas lides. PARKES, Mrs. William, 1829, p. 62. No obstante, los manuales contemplan todas las contingencias y también dan instrucciones en el caso de que en las comidas haya solo hombres o mujeres. MISS LESLIE. *The house book: or, A manual of domestic economy*. Philadelphia: Carey & Hart, 1840.

mero de platos (*courses*) servidos durante la comida era variable y dependía del número de asistentes. Lo habitual eran tres (sopa, carne y postre), aunque podían llegar a doblarse en número o superarlo. El modo de ponerlos sobre la mesa también tenía sus variantes, a la francesa o a la rusa. Esta última consistía en que el propio sirviente colocaba el plato frente al comensal uno tras otro, pese a algunos inconvenientes, sería la que terminaría consolidándose.<sup>34</sup> Tras el servicio, la costumbre social exige que las mujeres abandonen la mesa, mientras los hombres permanecen en el comedor.<sup>35</sup> Así, lo que había comenzado siendo un espacio compartido por hombres y mujeres, con una participación igualitaria, al menos sobre el papel y por cuestiones de protocolo, se convierte, de repente, en un recinto esencialmente masculino al desplazarse las señoras a la *drawing room*. Es entonces cuando ambos géneros por separado se permiten compartir información, confidencias, concertar enlaces o cerrar negocios. No deja de llamar la atención que uno de los motivos ornamentales que llegan a proponerse para el comedor sea la rosa: *The heathen emblema of the rose as a symbol of secrecy is a very pretty device for the dinning room; and the flower in gilt on black or maroon ground, suplemented, perhaps, by the legend, Silence is Golden, would form a quaint heading to the fireplace.*<sup>36</sup> Mrs. Loftie, cuando habla en su monografía sobre el valor que tenía para la esposa la dote, menciona que en ocasiones hasta los manteles tenían un nombre y añade: *each piece had its story.*<sup>37</sup> Evidentemente, la autora hace referencia a los motivos que había detrás de la ejecución y de su utilización posterior, pero bien podríamos ver esos lienzos como páginas en blanco sobre los que se habían escrito historias íntimas y públicas durante las comidas de una familia bur-

guesa cualquiera. Para el universo anglosajón, el comedor constituía entonces no sólo una estancia típicamente inglesa, sino una de las estancias del hogar burgués donde el esposo podía disfrutar de esa intimidad tan propia de lo masculino en la que se compartía amistad y una botella de buen licor.<sup>38</sup>

En la división de géneros de las estancias de las viviendas que los manuales normativos y los textos sobre arquitectura del siglo XIX y comienzos del XX se empeñaban en establecer, el comedor era tradicionalmente situado dentro de la órbita del caballero burgués. El arquitecto Robert Kerr, cuando habla del comedor, deja muy claro que *the whole appearance of the room ought to be that of masculine importance.*<sup>39</sup> En principio, las mujeres formaban parte de ese espacio, como esposas y anfitrionas o invitadas, porque las convenciones sociales lo exigían en ocasiones, pero también es cierto que ellas debían claudicar a la costumbre y retirarse para dejar este espacio como dominio esencialmente masculino. John Claudius Loudon, en su extensa publicación de la década de los 30, ya indicaba lo adecuado de incluir en el diseño de la pieza un *closet*, abierto en una de las gruesas paredes exteriores, en las que pudiera haber una persona y en la que se guardaran en unos estantes todos aquellos objetos que los caballeros pudieran necesitar después de cenar, así como una mesa auxiliar que pudiera situarse delante de la chimenea para similares menesteres,<sup>40</sup> junto a alguna *easy chair*, un asiento de grandes dimensiones y, ante todo, confortable. Aparte del mobiliario vinculado a las funciones que la habitación cumplía, se añadían otros que la hicieran más agradable a los señores. Esta idea sobre el comedor se mantendrá durante el siglo. Se sigue insis-

<sup>34</sup> Frente a la manera francesa en la que todos los platos eran colocados en la mesa, la rusa exigía más servicio pendiente de los invitados, pero los liberaba a ellos y a los anfitriones para permitirles concentrarse más en la conversación. VARNEY, Almond C. *Our home and their adornments or how to build, finish, furnish and adorn a home. A complete household cyclopaedia design to make happy homes for happy people*. Detroit: J. C. Chilton & Co., 1887, pp. 472-473.

<sup>35</sup> En otro tiempo, las damas se retiraban en ocasiones bastante más pronto, pues la bebida pasaba factura demasiado pronto a los caballeros. Las buenas maneras habían cambiado estos hábitos y ahora hasta el momento de la partida femenina estaba perfectamente controlada. BLACKBURN, R. Barry, 1891, p. 290.

<sup>36</sup> CHURCH, E. Rodman. "Dining-rooms". *The Art Journal*. Vol. 5, 1879, p. 284. <http://doi.org/10.2307/20569409>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/20569409> (Fecha de consulta: 5 de marzo de 2015).

<sup>37</sup> MRS. LOFTIE, 1878, p. 85.

<sup>38</sup> "The modern dining room [...] grows out of the English-man's love of privacy and the pleasures of the table and the bottle". HUMPHREYS, Mary Gay. "The Dining Room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 1. N. 5, Febrero, 1883, p. 144. <http://doi.org/10.2307/25583553>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/25583553> (Fecha de consulta: 10 de julio de 2014).

<sup>39</sup> *The Gentleman's house or How to plan English residences from the parsonage to the palace*. London: John Murray, 1864 (ed. 1865), p. 94.

<sup>40</sup> *An Encyclopedia of Cottage, Farm and Villa. Architecture and Furniture*. London: Longman, Brown, Green and Longmans, 1834 (ed. 1846), p. 800.

tiendo en el papel que la esposa juega a lo largo de todo el proceso, pero en 1877, en el libro de Rhoda y Agnes Garrett, cuando trata el tema del adorno contemporáneo de la casa, siguen definiéndolo como *the especially masculine department of the household*.<sup>41</sup> Y todavía a comienzos del siglo XX, H. J. Jennings, llega más lejos al calificar el comedor como el paraíso del hombre: *My contention is that the Dining Room should be the man's Paradise, as the Drawing Room is the woman's. It should be a delightful haven after the day's work – not only a place where a meal has to be eaten, but where atmosphere is congenial and elevating, and the merely physical function of feeding is graced by aesthetic surroundings*.<sup>42</sup> La cita tiene su interés, pues se pone el acento en la masculinización y la feminización de los espacios, pero también en la noción del hogar burgués como refugio del “guerrero”. Asimismo, en ella la casa se descubre como el lugar donde una cuidada decoración crea el ambiente agradable y enriquecedor, la atmósfera idónea para la familia y sus actividades cotidianas. De nuevo, estética y bondad se dan la mano en el interior. Ahora bien, como suele suceder, una cosa es la teoría y otra bien distinta la práctica. La realidad cotidiana podía desmentir aquello que los escritores defendían. Podían ser muchos los factores que ayudaran a derribar esos límites domésticos definidos por el género: las costumbres de sus habitantes, la evolución de la estructura familiar o aspectos más prosaicos, pero no menos determinantes, como la riqueza o el tamaño de la vivienda.<sup>43</sup> En los palacios y en las grandes residencias era totalmente adecuado que el comedor fuera una habitación de representación que expresara en cada detalle y con exclusividad su papel, pues servía a un único propósito. En las casas pequeñas, por ejemplo, el comedor podía hacer las veces de sala de estar, de salón e, in-

cluso, como sala de espera para los caballeros, de ahí que puedan aparecer otros elementos como una pequeña librería o un escritorio. Esos objetos ajenos a este espacio no debían ser demasiado numerosos o llamativos para no empañar el uso último del mismo,<sup>44</sup> pero están ahí precisamente para mostrar que los límites de género en el hogar pueden ser muy sutiles.<sup>45</sup>

### **El comedor: distribución, diseño y ornamentación**

A lo largo de la historia, ha existido un lugar para comer dentro de la casa. En aquellas viviendas de mayor rango, las comidas podían realizarse en la habitación, la antecámara o el salón. La consolidación de un espacio dedicado a estos menesteres parece confirmarse, sobre todo, a partir de la Edad Moderna. Aunque durante la época medieval la gastronomía fue muy valorada y contó incluso con una literatura dedicada a ella, sería en el Renacimiento cuando alcanzaría un refinamiento ciertamente notable, lo que exigía en determinados ambientes sociales un marco arquitectónico adecuado que fue evolucionando con el paso del tiempo.<sup>46</sup> Ya en una vivienda del siglo XVII aparece como tal en el diseño de la casa, pero se ha afirmado en alguna ocasión que su uso en planta no se consolidará hasta la segunda mitad del siglo XVIII. En 1710, J. B. Alexandre Le Blond (1679-1719), arquitecto francés, menciona la segunda antecámara de una vivienda como un lugar que puede ser utilizado como *salle à manger*. Con todo, dentro de la tradición doméstica de las grandes familias, los banquetes de mayor importancia se realizaban en el salón de la vivienda que, tradicionalmente, solía ocupar, junto con el vestíbulo, el eje central de distribución. En Inglaterra, se distinguiría entre el *dining parlour*, destinado a la

<sup>41</sup> *Suggestions for house decoration in painting, workwork and furniture*. London: Macmillan and Co, 1877, p. 28.

<sup>42</sup> JENNINGS, H. J., 1902, p. 75. Citado parcialmente en HAMLETT, Jane, 2009, p. 576.

<sup>43</sup> HAMLETT, Jane, 2009, p. 579. Sobre este tema puede consultarse también FLANDERS, Judith. *The Victorian House: Domestic Life from Childbirth to Deathbed*. Harper Collins E-Books, 2013, Pos. 4597 y ss. Un buen ejemplo de ello sería el comedor del 24 College Road, Bristol, 1893, donde una de sus paredes aparece cubierta con una gran librería acristalada, acompañando a la mesa y al *sideboard*. LASDUN, Susan. *Victorians at Home*. London: Weidenfeld & Nicolson, p. 117.

<sup>44</sup> MRS. LOFTIE, 1878, p. 170, citado en HAMLETT, Jane, 2009, p. 580. Dentro del mismo argumento, podría citarse, ELLIOT, Charles Wyllis, 1876, pp. 119-120.

<sup>45</sup> HAMLETT, Jane, 2009, p. 583.

<sup>46</sup> En la Edad Media también existía la costumbre de celebrar banquetes, Luis Lobera afirma en el texto *El vanquete de nobles caballeros*, publicado en 1530, que se difundió entre los señores españoles, franceses, ingleses o alemanes “hacerse los unos a los otros vanquetes”. Citado en CÁMARA MUÑOZ, A. “La dimensión social de la casa”. En: BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz (dir.), *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*. Vol. I. Edad Moderna. Madrid: Ediciones El Viso, 2006, p. 185. Aunque el ámbito geográfico del presente artículo condiciona la bibliografía empleada, he considerado pertinente citar esta publicación. En nuestro país son también numerosas y valiosas las aportaciones sobre el tema del espacio doméstico y su ornamentación.





John Singer Sargent, *Le verre de porto (A Dinner Table at Night)*, 1884. Fine Arts Museums of San Francisco.

familia y amigos próximos y el *Great Dining Room*, destinado a eventos de mayor relevancia.<sup>47</sup> En los dibujos de Nicholas Hawksmoor (1661-1736) para Castle Howard (1706) introduce, por ejemplo, las dos piezas, el *Eating Room*, de mayor presencia y en el frente sur, y el *Eating Parlour*, situado al este del vestíbulo principal.<sup>48</sup> Con el paso del tiempo, los ingleses adoptarían la costumbre francesa de destinar el salón a los banquetes de postín. Las grandes casas anglosajonas del siglo XIX podían contar con el comedor (*dining room*), que combinaría el carácter familiar con el representativo, y con una habitación para el desayuno (*breakfast room* o *Luncheon room*). En otros momentos, el *parlour* o salón podía ser utilizado también, por comodidad del paterfamilias, para realizar en él la comida principal.<sup>49</sup> No obstante, que

el salón hiciera las veces de comedor era habitual, como se ha visto, en las viviendas de menor tamaño. Los rituales familiares o sociales que los textos se empeñaban en detallar, y sus lectores en practicar, comportaban una compleja distribución doméstica, incluso para aquello del comer. ¿O sería a la inversa? Por supuesto, las dimensiones de la habitación que estaba destinada a eventos tenían que ser lo suficientemente aceptables, no sólo para poner de manifiesto su carácter representativo, sino también para incluir mesa e invitados sin apreturas. Había otro factor a tener en cuenta en relación a la anchura de la estancia, que era la de dejar el espacio suficiente entre la pared y el respaldo de las sillas donde se sientan los comensales para facilitar el servicio de la comida a las personas encargadas de ello. En su influyente texto, Lou-

<sup>47</sup> THORNTON, Peter. *Authentic Decor. The domestic interior. 1620-1920*. New York: Crescent Books, 1985, p. 51. La espectacularidad de algunos de estos banquetes vienen perfectamente expresada en los dos grabados de banquetes boloñeses de 1693 y 1701, pp. 74-75.

<sup>48</sup> SAUMAREZ SMITH, Charles. *Eighteenth Century Decoration. Design and the Domestic Interior in England*. New York: Harry N. Abrams, Inc., Publishers, 1993, p. 40.

<sup>49</sup> KERR, Robert (ed.), 1865, p. 99.

don propone, sin entrar en más detalles, que tenga la misma anchura que el *hall*, pero que sea seis u ocho pies más corto.<sup>50</sup> Kerr, por el contrario, insiste en que deben valorarse todos los factores a la hora de plantear esta cuestión, incluido el estilo elegido para la estancia, y señala que un comedor pequeño debería tener una anchura total no menor a 18 o 20 pies.<sup>51</sup> Puesto que el mobiliario de un comedor exigía una composición determinada y hasta cierto punto estricta, se proponen otras soluciones para ganar espacio en él como empujar en el muro algunos de sus elementos, el aparador (*sideboard*) o el *buffet*, por ejemplo.<sup>52</sup> La forma habitual del comedor es la alargada, pues viene determinada por la conveniencia de albergar una mesa rectangular que pueda, incluso, ser ampliada. Otras veces, se propone por parte de los especialistas en la materia romper esta rígida planta disponiendo en las esquinas unos pequeños muebles contenedores o una especie de alcoba para alojar la chimenea.<sup>53</sup>

Algo más complejo, por las circunstancias que propician sus variantes y su evolución a lo largo de las décadas, es la disposición del comedor dentro de la planta del edificio y su relación con otras estancias. Por lo general, éste se solía situar en la planta principal, tanto en la parte posterior como en el lado de la fachada que daba a la calle, próximo al *hall* y vinculado a otros espacios como el *parlour*, la sala de billar, la sala de juegos o la destinada para fumar. Una interesante y sofisticada propuesta era la de abrir al comedor una pequeña serre (*green house* o *conservatory*), aunque fuera de pequeñas dimensiones y muy sencillo, pues proporcionaría al ambiente fresca durante

el verano y un toque de naturaleza en el invierno.<sup>54</sup> El carácter público de esta habitación podía exigir la comunicación directa con la entrada a la casa y con aquellas habitaciones donde se habían de desarrollar otras actividades sociales, de ahí la recreación de esta especie de apartamento de sociedad donde se aglutinaban las estancias con usos similares.<sup>55</sup> Kerr, por ejemplo, apunta que no es tan indispensable la relación con la puerta de acceso a la vivienda, como sucede con la sala de recibimiento (*drawing room*). En cambio, dado que el protocolo exige que los invitados se trasladen desde aquí al comedor y luego que las damas se retiren de nuevo a esta habitación, insiste en que esa *drawing route ought to be invariably planned with an eye to facility, directness, and special importance*.<sup>56</sup> La comunicación con los salones puede ser directa, aunque también se propone la posibilidad de diseñar entre ambos espacios una antecámara que los separe.<sup>57</sup>

Tan importante como la apariencia social del comedor era también una buena comunicación con la cocina. El comedor debía contar con una entrada para ellos que podía situarse al otro lado de la principal, o bien próxima al aparador (*sideboard*) y a la silla del señor de la casa.<sup>58</sup> Esta puerta conduciría a la cocina y a otros espacios destinados al servicio. Si el tamaño de la vivienda lo permitía, no era conveniente que ambos fueran adyacentes,<sup>59</sup> pero sí debía asegurarse la distribución para facilitar lo más posible el trabajo de los sirvientes. En el caso de que fuera posible, en los manuales suele recomendarse la presencia de un espacio auxiliar o *pantry* situado entre ambas estancias que no sólo facilitaría la preparación de los platos an-

<sup>50</sup> LOUDON, John Claudius (ed.), 1847, p. 799.

<sup>51</sup> Lo cierto es que realiza un minucioso cálculo teniendo en cuenta el mobiliario. Por ejemplo, para el paso entre silla ocupada y pared indica entre 2 pies y medio y 5 ó 6 pies. KERR, Robert (ed.), 1865, p. 93.

<sup>52</sup> El mobiliario habitual del comedor inglés de representación es más complejo y abundante que el español, por ejemplo. La variedad de muebles contenedores o sostenedores, más allá de la mesa principal y las sillas, es notable. Entre otros textos, SANDIER, A. "The Modern House: Its decoration and Furniture. VI. The Dining Room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 18. N. 5, August, 1891, p. 167. <http://www.jstor.org/stable/25586404> (Fecha de consulta: 5 de Marzo de 2015).

<sup>53</sup> La mesa redonda también forma parte de las elecciones para un comedor. Sin embargo, "requires a square room, but its use will be necessarily limited, since the square room is so often impossible". HUMPHREYS, Mary Gay, 1883, p. 144.

<sup>54</sup> CHURCH, E. Rodman, 1879, p. 284.

<sup>55</sup> La existencia del "apartamento de sociedad" era característico de la distribución francesa del siglo XVIII. A comienzos del siglo XX, Isabel Bevier sigue proponiendo la sala de recepción, el *parlour* y el *drawing room*, la sala de billar, la biblioteca, el comedor y la galería de pinturas como estancias de la familia, pero con menesteres sociales. *The house. Its plan, decoration and care*. Chicago: American School of Domestic Economics, 1907 (ed. 1919), p. 57.

<sup>56</sup> KERR, Robert (ed.), 1865, p. 98.

<sup>57</sup> BERMAN, Leslie Susan, 1997, p. 20.

<sup>58</sup> LOUDON, John Claudius (ed.), 1847, p. 1051; KERR, Robert (ed.), 1865, p. 97.

<sup>59</sup> "[...] must be convenient each other, but not adjacent". GARDNER, E. C. *Homes and all about them*. Boston, J. R. Osgood, 1885, p. 157.

tes de colocarse en la mesa, sino que también aislaría de los olores y los ruidos en la cocina.<sup>60</sup> Algunos autores también aconsejan la presencia del *pantry* como un elemento a tener en cuenta dentro de la economía doméstica: contribuía a paliar los efectos de la manipulación excesiva de la vajilla y sus consiguientes destrozos. Se propone, incluso, que se disponga un montaplatos giratorio que simplifique la tarea del traslado de los abundantes platos servidos durante una comida.<sup>61</sup> A pesar de que las distribuciones podían ser muy diversas, tal y como queda reflejado en algunos textos, como los de Bevier, Gibson o Gardner, el comedor estaba sujeto a cumplir de la manera más eficaz posible sus dos funciones principales. El arquitecto debía contemplar con detenimiento su ubicación en planta y la relación y recorridos con las estancias de servicio y de representación.

La masculinidad que los especialistas en la materia y las convenciones se empeñaban en atribuir al comedor condicionaba de algún modo su adorno. La apariencia de la estancia debía por tanto expresar su propósito, pero también ser reflejo del género al que estaba destinada. La solidez y la circunspección debían ser algunas de las cualidades que debían estar presentes en la ornamentación del envoltorio y en el mobiliario. En los manuales se insistía en que el comedor no debía exhibir nada que pudiera distraer al invitado de la hospitalidad de su anfitrión.<sup>62</sup> A pesar de esta consideración, la sobriedad podía, en algún caso o a nuestra mirada actual, brillar por su ausencia. En el siglo de los historicismos y de esas viviendas donde se jugaba a los eclecticismos, los estilos que podían aplicarse a un comedor con el fin de darle la dignidad requerida eran variados: Gótico Isabeli-

no, Jacobino, Renacimiento italiano, Francisco I o siglo XVIII inglés, entre otros.<sup>63</sup> Todos ellos, con diversos matices, sí que ponían de manifiesto cierta magnificencia ornamental, no exenta de gravedad aristocrática apropiada para una habitación representativa. A pesar de que las viviendas del XIX exhiben estos repertorios en sus comedores, en esas mismas décadas ya empiezan a surgir voces que reclaman un uso menos rígido de los estilos dentro del hogar, más en consonancia con los deseos y gustos del propietario, como apuntará el propio Charles Eastlake en su influyente texto.<sup>64</sup> Otros, por su parte, atacan directamente algunos de los empleados en los interiores domésticos, calificándolos de ridículos, como el Luis XIV.<sup>65</sup> Se impone con el tiempo y en determinados círculos, la necesidad de olvidar esa tendencia a la imitación burda y defender, en cambio, una decoración más racional que expresara el uso de la estancia con líneas delicadas, una decoración modesta y con una construcción honesta: *The true designer will not copy these [estilos], but used them to express his own sense of the best. [...] Over-ornamentation has been the bane of modern design.*<sup>66</sup> Con todo, la clientela deseosa de aparentar en sociedad continuó demandando un exceso decorativo y, por ello, siguió estando presente durante décadas con el fin de otorgarle distinción y resaltar el valor representativo de la casa y de este interior en particular.

La madera es la gran protagonista de esta estancia, no sólo por el mobiliario que puede ser abundante y variado, sino también por su presencia en los revestimientos que a veces cubren las paredes y también los techos. El roble, el nogal, el cerezo, entre otras, serán las elegidas: *It is desirable to use as much wood as possible [...].*

<sup>60</sup> BEVIER, Isabel (ed.), 1919, p. 84. Algunos autores señalan, sin embargo, que la conexión directa con la cocina era más habitual con la *breakfast room*, por ser más informal. BERMAN, Leslie Susan, 1997, p. 18.

<sup>61</sup> MRS. LOFTIE, 1878, p. 5. Aunque este montaplatos también sería de utilidad cuando la cocina se situara en otra planta.

<sup>62</sup> GARRET, Rhoda and Agnes, 1877, p. 26.

<sup>63</sup> JENNINGS, H. J., 1902, p. 73. También podría utilizarse el estilo Luis XV. CHITTENDEN, Alice. "One Dining Room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 21. N. 6, Marzo, 1893, pp. 207-209. <http://doi.org/10.2307/25582366>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/25582366> (Fecha de consulta: 3 de julio de 2015).

<sup>64</sup> "It is scarcely possible to imagine any system of house-furnishing more absurd and mischievous in its effect upon uneducated taste than this. Indeed, it was practical evidence that a healthy and genuine taste was altogether wanting. Choose style of furniture we may, it should surely be adopted throughout the house we live". EASTLAKE, Charles. *Hints of household taste in Furniture. Upholstery and other details*. London: Longmans, Green and Co, 1868 (ed. 1869), p. 66.

<sup>65</sup> "It was free, flamboyant, scrolled, free, and carved, and for us ridiculous. Wood, in this terrible period, was carved and twisted into shapes which has no retain its strength". ELLIOT, Charles Wyllis. "Household Art. I. The Dining Room". *The Art Journal*. Vol. 1, 1875, p. 298. <http://doi.org/10.2307/20568769>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/20568769> (Fecha de consulta: 1 de julio de 2015).

<sup>66</sup> La cursiva es del autor. ELLIOT, Charles Wyllis. "Household. VI. The Dining Room". *The Art Journal*. Vol. 2, 1876, p. 183. <http://doi.org/10.2307/20568911>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/20568911> (Fecha de consulta: 7 de julio de 2015).

*Wood is not only commended for its durability, a reason which any one will appreciate, but for its color.*<sup>67</sup> Este material proporcionaba también esplendidez, dignidad y elegancia; unas cualidades que era exigibles al comedor de respeto. El color tan presente en los interiores del siglo XIX se materializa también en esta habitación, y lo hace durante unas décadas con tonos intensos y cargados. Las maderas nobles empleadas contribuían a ello, pero el cromatismo se lograba con el uso de otros ornatos como el papel pintado o la pintura, que gracias a la tecnología mejoraron su calidad y ampliaron modelos y paleta. Se podría pensar a la hora de escoger el color de la estancia en pálidos azules, grises o delicadas entonaciones rosáceas; sin embargo, se decantaban por marrones, verdes, rojos y azules profundos<sup>68</sup> con la intención de ofrecer un ambiente de calidez y riqueza.<sup>69</sup> El carmesí, por ejemplo, se convirtió en la elección ideal para el comedor. Proporcionaba *los efectos de vivacidad, la alegría y el optimismo* que eran idóneos para un lugar destinado al encuentro y a la diversión y, además, se consideraba el fondo ideal para las pinturas.<sup>70</sup> La ornamentación del paramento solía dividirse en tres partes cuyas dimensiones y materiales podían variar. Normalmente constaba de un zócalo, en el comedor elegante presumiblemente de madera, un friso pintado o cubierto de papel pintado y una cornisa. En algunos casos, dentro de la gama habitual, se escoge emplear los colores complementarios, el casi omnipresente carmesí con el verde y/o azul;<sup>71</sup> del mismo modo, podía optarse por un color para paredes y techo y jugar con las gradaciones de tonos para componer una unidad cromática para todo el conjunto.<sup>72</sup> En otros casos, los diseñadores se inclinaban crear composiciones más complejas donde se combinaran frisos

de figuras doradas sobre fondo marrón junto a un verde pálido o, ir todavía más allá con una propuesta decorativa donde el zócalo estaría decorado con habitantes del mar, el segundo friso con animales y plantas de la tierra y la cornisa con pájaros.<sup>73</sup> De esta manera, se satisfacía de largo ese gusto por el recargamiento ornamental tan propio de la época.

A esta ornamentación del envoltorio arquitectónico del comedor se podían, o debían, añadir después otros elementos. Además del aparador y la chimenea, que son piezas indispensables y, en algunos casos, incorporadas a la composición del paramento, se añadían cuadros y esculturas, por ejemplo. Los textos especializados dejan claro que, aunque en el comedor se divierten y alimentan los individuos, era necesario *not do it simply as pigs do*. Era conveniente también disfrutar a través del placer que proporciona la mirada, de ahí que estas piezas cumplieran su papel en el conjunto ornamental. Los autores apuntan que no conviene introducir obras que podrían vincularse al llamado arte elevado, pues la idea es cultivar con ellas los sentidos, no el alma.<sup>74</sup> Los temas más frecuentes de las pinturas destinadas a esta habitación suelen ser paisajes y naturalezas muertas, aunque este último es valorado, en ocasiones, por parte de los especialistas en interiorismo de la época como elecciones poco apropiadas: *If the sight of dead birds or bunches of carrots is really agreeable, why should they not hang the real things up before them until the cook finds them ready for the pot? They would be much cheaper, and a great deal more natural. Nature itself.*<sup>75</sup> Algo similar sucede con los retratos, mientras hay quien considera el comedor el marco por excelencia donde colgar a sus queridos familiares como gesto

<sup>67</sup> HUMPHREYS, Mary Gay, 1883, p. 144.

<sup>68</sup> HUMPHREYS, Mary Gay, 1883, p. 146.

<sup>69</sup> KNIGHT, E. "Taste and Economy in Decoration and Furniture. III. The Dining Room". *The Decorator and Furniture*. Vol. 26. N. 1, April, 1895, p. 9. <http://doi.org/10.2307/25583043>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/25583043> (Fecha de consulta: 5 de marzo de 2015).

<sup>70</sup> HAY, D. R. *The Laws of Harmonious Colouring adapted to House Painting*, 1821. Citado en PARISSIEN, Steven. *Atlas ilustrado de interiores. La casa desde 1700*. Madrid: Susaeta, 2011, p. 138. No obstante, esta afición por el rojo tuvo también sus detractores: "To the self-sufficient mortal, it was a brilliant thought to cover his walls with crimson paper, put a crimson carpet on his floor, crimson cover on his tables, crimson curtains to his windows, crimson cushions to his chairs! If his face could only have become crimson, the match would have been perfect". ELLIOT Charles Wyllys, 1875, p. 298.

<sup>71</sup> BEVIER, Isabel (ed.), 1919, p. 126.

<sup>72</sup> WHEELER Candance, 1903, pos. 1249. CHURCH, E. Rodman Church, 1879, p. 283.

<sup>73</sup> CHURCH, E. Rodman Church, 1879, p. 283. SANDIER, A., 1891, p. 167.

<sup>74</sup> ELLIOT Charles Wyllys, 1876, p. 181.

<sup>75</sup> ELLIOT Charles Wyllys, 1876, p. 120.



de hospitalidad, otros lo ven como un error.<sup>76</sup> A estas pinturas pueden añadirse otros adornos para la pared como la cerámica. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la porcelana, *the china*, tal y como algunos la denominan, había alcanzado una importante producción y presencia dentro del hogar, sobre todo en el comedor.<sup>77</sup> Esta adquiriría todo su sentido sobre la mesa preparada para la cena, pero también decorando el aparador, los estantes o las mismas paredes. Encajaba a la perfección con el uso al que se destinaba la estancia y, al mismo tiempo, tenía ese sentido ornamental sin pretensiones y, a veces, con cierto exotismo muy propio de la época fin de siglo. Por último, los tapices, que tan apreciados fueron como elemento ornamental de los paramentos en siglos anteriores, encuentran aquí el lugar idóneo para ser exhibidos.<sup>78</sup> El tapiz decorando el muro no era el único tejido que podía mostrar un comedor; la alfombra constituía otra pieza esencial. Contribuía a vestir la estancia, en unas décadas en las que los interiores se llenaron de telas por todas partes, y a dotarla de elegancia, pero también a proporcionar cierta calidez durante los meses de invierno. No convenía que ésta ocupara todo el pavimento, lo adecuado era que cubriera lo suficiente para proteger el suelo bajo la mesa y las sillas en torno a ella.<sup>79</sup> Charles Eastlake, por ejemplo, destaca la categoría de las alfombras procedentes de Persia, Turquía o la India por la calidad de sus diseños y por su cromatismo, idóneo para combinar con el de un interior de la época.<sup>80</sup> No obstante, especial protagonismo tenían los cortinajes que cubrían las ventanas, las puertas (*portière*) e, incluso, la chimenea. A comienzos de siglo era habitual que estas fueran de seda o damasco, aun-

que con el tiempo se adoptaron nuevos materiales como la cretona, el *rep*, el *chintz* o el llamado *cotelan*, un tejido inventado por los alemanes con una mezcla de seda, lana y algodón con diseños admirados entonces o el *Algerine*, de algodón con rayas horizontales de color sobre fondo blanco.<sup>81</sup>

En otro tiempo, una de las funciones esenciales de los cortinajes había sido la de proteger de las corrientes de aire a los habitantes de la vivienda, pues no siempre las ventanas estaban cerradas de manera apropiada. En el XIX, además de cumplir esa labor, su presencia en las ventanas servía para adornar y controlar la luz del sol. La idea de la casa como refugio encontraba en las cortinas que cubrían los vanos un magnífico aliado. Una de las estancias en las que este valor de aislamiento y protección se hacía evidente era el comedor: *is a spacious and always comparatively stately apartment, of which the chief characteristics ought to be freedom from the heat and glare of sunshine at those hours when it is in use, an a certain sort of seclusion as respects its situation, both internally as externally.*<sup>82</sup> Esa sensación de aislamiento se hace evidente en el cuadro de Henry Sargent, *The dinner party*, pintado alrededor de 1821.<sup>83</sup> En la pintura, este nutrido grupo de caballeros bostonianos celebra una de sus reuniones alrededor de una mesa. Es todavía de día, pero las ventanas están casi cerradas impidiendo la entrada de la luz en la estancia. En aquella época, el horario de la comida principal, *dinner*, era a primeras horas de la tarde. Se acaba de servir el último plato, se ha retirado el mantel y se han servido algunas bebidas y frutas como postre. Tan sólo hay una vela encendida en la mesa para el tabaco.<sup>84</sup> En este caso, el comedor exhibe una sobriedad decorativa que encaja con los inicios del siglo XIX; sin embargo, se aprecia ese reverencial gusto por matizar,

<sup>76</sup> "Decoration of Dining-rooms". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 12. N. 5, Agosto, 1888, p. 150. <http://www.jstor.org/stable/25585588> (Fecha de consulta: 10 de Julio de 2014). "Neither does enjoy being stared out of countenance, while Ealing, by one's ancestors, or those of other people; although the dining room is generally thought to be the proper background for family portraits". CHURCH, E. Rodman Church, 1879, p. 283. Miss Loftie desaconseja, incluso, colocar fotografías familiares o acuarelas con retratos en el *parlour*. Es mejor dejarlas para los apartamentos privados. MRS. LOFTIE, 1878, p. 81.

<sup>77</sup> SANDIER, A. "The Modern House: Its Decoration and Furniture: VII. The Dining Room. The China". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 18. N. 6, Septiembre, 1891, pp. 214-216. <http://doi.org/10.2307/25603423>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/25603423> (Fecha de consulta: 10 de marzo de 2015).

<sup>78</sup> HUMPHREYS, Mary Gay, 1883, p. 146.

<sup>79</sup> CHURCH, Ella Rodman. *How to furnished a home*. New York: D. Appleton and Co., c. 1881, p. 29.

<sup>80</sup> EASTLAKE, Charles (ed.), 1869, p. 96.

<sup>81</sup> EASTLAKE, Charles (ed.), 1869, pp. 85-89.

<sup>82</sup> KERR, Robert (ed.), 1865, p. 91.

<sup>83</sup> Óleo sobre lienzo. 156.53 x 126.36 cm. Museum of Fine Arts de Boston. Citado en BERMAN, Leslie Susan, 1997, p. 38.

<sup>84</sup> El estudio de la luz artificial para los comedores daría para otro artículo. Las lámparas de gas y más tarde la electricidad hicieron acto de presencia, aunque para eventos de elevado protocolo se seguía considerando indispensable el uso de las velas.

casi doblegar, los rayos de sol. Era preocupación de la época que estos pudieran molestar y deslumbrar a los comensales durante el evento. De hecho, aunque los miradores y los grandes ventanales forman parte del diseño del comedor, a veces se propone cerrarlos con vidrieras que maten la intensidad de la luz, siempre evitando un cromatismo excesivo.<sup>85</sup> El ornamento del envoltorio arquitectónico, los elementos decorativos, los tejidos, las vidrieras, los tonos oscuros y el abundante mobiliario debieron hacer del comedor, en algunas viviendas, una habitación pesada, sombría y recargada. Como afirmaba Jennings, así era el lugar donde el paterfamilias debía comer después de tener que asumir todo un día de dificultades en el trabajo y de sufrir las más variadas ansiedades.<sup>86</sup>

A finales del siglo XIX, esta mirada excesivamente oscura del comedor fue modificándose poco a poco. Algunos expertos en la materia comenzaron a proponer para el esposo, su familia e invitados un espacio más luminoso, alegre y radiante, pues *the age of sombre dignity is past*.<sup>87</sup> Se empieza a defender la entrada de la luz del sol a través de los amplios ventanales, el uso de un colorido más brillante en las paredes, un mobiliario de líneas más sencillas y un espacio más despejado, tratado con comedimiento y moderación, dado que *el buen juicio es el maestro del buen gusto*.<sup>88</sup> Los comedores de apariencia masculina empezaron a adquirir cualidades femeninas más evidentes, que iban más allá de los detalles dejados caer por la esposa en su decoración o por el protagonismo que, como anfitriona, se le otorgaba durante la celebración. Quizás, más allá de ese discurso de bondad, conveniencia y belleza que el XIX había desarrollado para lo doméstico, finalmente se había concebido un espacio donde tanto lo masculino como lo femenino encontraron un lugar de encuentro y convivencia. En 1913, Elsie de Wolfe, considerada por algunos como la primera decoradora profesional de la historia, escribió en su famoso libro *The House in good taste: a dining-room should be light, and gay. The first thing to be considered is plenty of sunshine. The next thing is the planning*

*of a becoming background for the mistress of the house. The room should always be gay and charming in color, but the color should be selected with due consideration of its becomingness to the hostess. Every woman has a right to be pretty in her own dining-room*.<sup>89</sup> Una mirada del interior y del género que, hoy en día, podrá ser discutible o combatida desde determinadas perspectivas, pero que se acerca a esa percepción de la presencia y el valor de lo femenino en el hogar que entonces seguía siendo válida.

## Bibliografía

- ARIÈS, Philippe y DUBY, George (dir.), *Historia de la vida privada*. Vol. 8. Madrid: Taurus, 1992.
- BEVIER, Isabel, *The house. Its plan, decoration and care*. Chicago: American School of Domestic Economics, 1907 (ed. 1919).
- BEETON, Isabella, *The book of household management*. Boston: Bound Edition, 1861.
- BÉJAR, Helena. *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid: Alianza Universidad, 1995.
- BERMAN, Leslie Susan, *The evolution of the Nineteenth Century American Dining Room: from sitting room to separate room*. Thesis. University of Pennsylvania, 1997.
- BLACKBURN, R. Barry, *Art, Society and accomplishments*. Chicago: Blackburn Co., 1891.
- BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz (dir.), *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*. 2 vols. Edad Moderna. Madrid: Ediciones El Viso, 2006.
- BRYDEN, Inga; FLOYD, Janet (ed.), *Domestic Space. Reading the Nineteenth-century interior*. Manchester & Nueva York: Manchester University Press, 1999.
- BRYSON, Bill, *En casa. Una breve historia de la vida privada*. Barcelona: RBA Libros, 2011.
- CHITTENDEN, Alice, "One Dining Room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 21. N. 6, Marzo, 1893, pp. 207-209.
- CHURCH, E. Rodman, "Dining-rooms". *The Art Journal*. Vol. 5. 1879, pp. 282-289.
- CHURCH, E. Rodman, *How to furnish a home*. New York: D. Appleton and Co., c. 1881.
- DE WOLFE, Elsie, *The house in good taste*. New York, The Century Co., 1913.
- "DECORATION of Dining-rooms". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 12. N. 5. Agosto, 1888, p. 150.
- DOWNEY, G. (ed.), *Domestic Interiors. Representing Homes from Victorians to the Moderns*. London-New York: Bloomsbury, 2013.
- EASTLAKE, Charles, *Hints of household taste in Furniture, Upholstery and other details*. London: Longmans, Green and Co, 1868 (ed. 1869).

<sup>85</sup> "Care should be taken to avoid a glare of light. When this is not done, a guest is frequently annoyed by having the sun's rays in his eyes [...] Stained glass is a valuable adjunct for this purpose; but it is not to be lightly used in all the colours of the rainbow, as this is sure to produce a disagreeable kaleidoscope effect. [...] Panes of White ground-glass alternating with panes of crimson make a very pretty windows". CHURCH, E. Rodman, 1879, p. 284.

<sup>86</sup> JENNINGS, H. J., 1902, p. 74.

<sup>87</sup> H. M. P. Dining Room Decoration. *The Decorator and Furnisher*. Vol. 17. N. 3, Diciembre, 1890, p. 92. <http://doi.org/10.2307/25586239>. Citado en <http://www.jstor.org/stable/25586239> (Fecha de consulta: 10 de marzo de 2015).

<sup>88</sup> ELLIOT Charles Wyllys, 1876, p. 180.

<sup>89</sup> New York, The Century Co., Cap. XIII, s. p. <http://www.gutenberg.org/files/14715/14715-h/14715-h.html>

- ELLIOT, Charles Wyllis, "Household Art. I. The Dining Room". *The Art Journal*. Vol. 1, 1875, pp. 295-300.
- ELLIOT, Charles Wyllis, "Household Art. V. The Dining Room". *The Art Journal*. Vol. 2, 1876, pp. 116-121.
- ELLIOT, Charles Wyllis, "Household. VI. The Dining Room". *The Art Journal*. Vol. 2, 1876, pp. 180-185.
- FLANDERS, Judith, *The Victorian House: Domestic Life from Childbirth to Deathbed*. Harper Collins E-Books, 2013.
- GARDNER, E. C., *Homes and all about them*. Boston, J. R. Osgood, 1885.
- GARRET, Rhoda y Agnes, *Suggestions for house decoration in painting, wookwork and furniture*. London: Macmillan and Co, 1877.
- H. M. P. Dining Room Decoration. *The Decorator and Furnisher*. Vol. 17. N. 3. Diciembre, 1890, pp. 92-93.
- HAMLETT, Jane, "The Dining Room should be the Man's Paradise, as the Drawing Room is the Woman's: Gender and the Middle Class domestic space in England, 1850-1910". *Gender & History*, Vol. 21. N. 3. November, 2009, pp. 576-591.
- HUMPHREYS, Mary Gay, "The Dining Room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 1. N. 5. Febrero, 1883, pp. 144,146.
- JENNINGS, H. J., *Our homes and how to beauty them*. London: Harrison and sons, 1902.
- KERR, Robert, *The Gentleman's house or How to plan English residences from the parsonage to the palace*. London: John Murray, ed. 1865.
- KNIGHT, E., "Taste and economy in decoration and furniture. II. The dining room", *The Decorator and Furnisher*. Vol. 25. N. 3. December, 1894, pp. 92-93.
- KNIGHT, E., "Taste and Economy in Decoration and Furniture. III. The Dining Room". *The Decorator and Furniture*. Vol. 26. N. 1. April, 1895, pp. 9-10.
- LASDUN, Susan. *Victorians at Home*. London: Weidenfeld & Nicolson, 1981.
- LOUDON, John Claudius, *An Encyclopedia of Cottage, Farm and Villa. Architecture and Furniture*. London: Longman, Brown, Green and Longmans, 1834 (ed. 1846).
- MISS LESLIE, *The house book: or, A manual of domestic economy*. Philadelphia: Carey & Hart, 1840.
- MRS. LOFTIE, *The Dining Room*. London: Macmillan and Co. 1878.
- MURILLO, Soledad. *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI, 1996.
- MUTHESIUS, Stefan, *The poetic home. Designing the 19th Century domestic interior*. London: Thames and Hudson, 2009.
- PARKES, Mrs. William, *Domestic duties, or, Instructions to young married ladies, on the management of their households, and the regulations of their conduct in the various relations and duties of married life*. New York: J. & J. Harper, 1829.
- PARISSIEN, Steven, *Atlas ilustrado de interiores. La casa desde 1700*. Madrid: Susaeta, 2011.
- PAZ, Mario, *An illustrated history of interior decoration. From Pompeii to Art Nouveau*. London: Thames & Hudson, 1987.
- ROLFE, Amy L., *Interior decoration for the small house*. New York: Macmillan, 1917, p. 86.
- SANDIER, A., "The Modern House: Its decoration and Furniture. VI. The Dining Room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 18. N. 5. August, 1891, pp. 166-169.
- SANDIER, A., "The Modern House: Its Decoration and Furniture: VII. The Dining Room. The China". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 18. N. 6. Septiembre, 1891, pp. 214-216.
- SAUMAREZ SMITH, Charles, *Eighteenth Century Decoration. Design and the Domestic Interior in England*. New York: Harry N. Abrams, Inc., Publishers, 1993.
- SPARKE, Penny. *As long as it's Pink. The sexual politics of Taste*. Halifax: NSCAD University Press, 2010.
- THE woman's book, dealing practically with the modern conditions of home-life, self-support, education, opportunities, and every-day problems*. New York, C. Scribner's sons, 1894.
- THORNTON, Peter, *Authentic Decor. The domestic interior. 1620-1920*. New York: Crescent Books, 1985.
- TOSH, John, *A man's place. Masculinity and the middle-class home in Victorian England*. New Haven and London: Yale University Press, ed. 2007.
- TURPIN, J. C., "Dining Rooms: Measuring the gap between the Edwardians and the Moderns". DOWNEY, G. (ed.), *Domestic Interiors. Representing Homes from the Victorians to the Moderns*. London-New York: Bloomsbury, 2013.
- VARNIEY, Almond C., *Our home and their adornments or how to build, finish, farnish and adorn a home. A complete household cyclopedia design to make happy homes for happy people*. Detroit: J. C. Chilton & Co., 1887
- WHEELER, Candance, *Principles of Home Decoration with practical examples*. New York: Doubleday, Page & Company. 1903.
- YOUNG, Edward Lee, "Remodeling the common place home. IV. The dining-room". *The Decorator and Furnisher*. Vol. 28. N. 2, May, 1896, pp. 38-39.

